

lleno de la más profunda admiración y reverencia: «Diría que es la misma Divinidad, á no estar cierto de que la Divinidad es una.»

No ha cesado la maternal solicitud de María para con los cristianos, por lo cual tú, alma mía, redobla hácia ella tus humildes plegarias, y al encontrarte, á veces por permission divina, como huérfano en este valle de destierro, repite con fervor las saluciones del Rosario, y ten por seguro que, dócil á tus clamores, vendrá á socorrerte, y será para contigo vida verdadera y fortificante dulzura.



CAPITULO XIII.

El tercer misterio glorioso: La Venida del Espíritu Santo.

I.

UNTERESANTÍSIMO misterio de la Religión cristiana, y como la consagración de ella, es la venida del Espíritu Santo. Cuando un ara, un altar, un templo ó un hombre, son dedicados y consagrados al culto y servicio de Dios, se les unge con óleo santo, y aquella unción es la señal exterior de que Dios toma aquellas cosas ó personas como suyas; pues la venida del Espíritu Santo sobre la congregación de los Apóstoles y de varios fieles seguidores de Cristo, presididos por la Virgen María, retirados en un cenáculo de Jerusalem, es la con-

sagracion y uncion de la naciente Iglesia católica, que brota en el Calvario á beneficio del riego generoso de la sangre del inocente Cordero inmolado para reconciliar á los hombres con su Dios. Aquel copioso, suave y penetrante rocío de la gracia del Espíritu Santo consagró á la naciente Iglesia; y es aún hoy la uncion del Espíritu Santo, es decir, la compenetracion de su gracia, la uncion verdadera de la cual las otras son figurativas. La venida de Cristo al mundo tuvo por objeto introducir en él el Espíritu de Dios, que lo habia como abandonado, porque la humanidad habíase toda tornado carne, y el espíritu busca al espíritu y no reposa en la carne corruptible y perecedera; todos los Sacramentos instituidos por nuestro divino Redentor, son medios de introducir el espíritu de Dios en las almas de los hombres, lográndose tan sublime efecto por maneras tan sencillas y fáciles, como son las determinadas por nuestro benignísimo Señor Jesús, al establecer los siete santos Sacramentos que usa nuestra Madre la católica Iglesia. Mas la primera venida del Espíritu de Dios al mundo, ó mejor dicho, la vuelta de Él despues que de la tierra fué expelido

por los pecados de los hombres, porque en su principio la tierra habia recibido ya la uncion del Espíritu Santo, este retorno, digo, debia efectuarse de una manera solemne y con una magnificencia digna de la majestad divina. Hé aquí la sencilla y sublime historia de este venerable misterio.

Jesús habia hablado largamente de la necesidad que tenia de ausentarse y separarse de sus discípulos, para enviarles el Espíritu Santo y Consolador sin el cual nada les seria de provecho. Él, les venia á decir, fertilizará la semilla que Yo he sembrado, alumbrará vuestros entendimientos, habitará en vuestros corazones, os revestirá de su virtud, y seréis unos hombres enteramente nuevos. Por esto, antes de subirse al cielo, manda Jesús al piadoso cortejo que más de cerca le acompañaba, que se vuelva á Jerusalem, que se encierre en el Cenáculo y que esperen allí, en santo recogimiento y profunda oracion, la venida del Espíritu Santo. Por espacio de diez dias, bajo la querida presidencia de la Virgen María, aquellos santos varones y piadosas mujeres, aislados del terrenal tumulto y depuesta toda vana curiosidad ó impertinente ocupacion, se consa-

gran á preparar sus almas para recibir aquel altísimo don, que es el mismo Espíritu de Dios, que el generoso Redentor les habia prometido. La oracion de los discípulos era pura, persuasiva y penetrante, pero nada hubiera logrado por sí sola, si no hubiese unido á ella la suya Jesucristo, constituido abogado de los hombres ante el trono de Dios eterno, rogando que enviase á los que redimió con su preciosa Sangre, el Espíritu de verdad que del mismo Padre procede y deriva.

Tal es, alma mia, la manera como se alcanza la gracia en el reino de la Iglesia, fundada por Jesucristo; la gracia toda es de Dios, es un puro don de Él; ninguna proporcion tienen con ella nuestros débiles esfuerzos para obtenerla; la gracia es la posesion de Dios, y ¿serás tan soberbio, tú, polvo y ceniza, que llegues á creerte con fuerzas para ganar por tí mismo la posesion del Omnipotente? Y sin embargo, tampoco irá Dios al corazon del hombre; le es imposible á éste poseer el Espíritu Santo sin su esfuerzo y trabajo, sin su personal labor. Aquellos devotos fieles reunidos en el Cenáculo aspiraban con fuertes deseos, vehementes suspiros é inten-

sísimas oraciones á la posesion del Espíritu Santo; usando la expresion del real Profeta David, podemos decir, que con sus bocas abiertas y anhelantes atraieron y absorbieron el Espíritu; porque, hé aquí que de repente se oyó un ruido impetuoso, como de un fuerte trueno, que hizo retemblar toda la casa en que devotamente estaban recogidos, y aparecieron por los aires unas como lenguas de fuego que fuéron á posarse sobre la cabeza de cada uno de los que allí estaban reunidos, esperando al Espíritu Santo.

Hé aquí del todo trocada aquella gente ruda, popular é iliterata; hé aquí formado por divina influencia el fermento de la cristianidad, que debia purificar el mundo, cuya mision aún le compete y competirá hasta el fin de los siglos. Salen del Cenáculo encendidos con el divino fuego, con cuya maravillosa operacion quedan transformados; con el entendimiento iluminado, los afectos puros, la voluntad recta; y si esto, cristiano de débil fe, se te hace difícil de creer, si te parece imposible una tan repentina perfeccion en sujetos antes imperfectísimos, fija tu vista en la serie no interrumpida de conversiones maravillosas que presenta la historia de la

Iglesia, de alguna de las cuales tú mismo acaso has sido testigo, y convéncete de que el Espíritu de Dios puede (y es atributo suyo) cambiar repentinamente los hombres, y con un soplo de su gracia momentáneamente perfeccionarlos.

II.

¡Cuántas lecciones provechosísimas encierra, cristiano, este santo misterio! Fijate en primer lugar en la oracion, que aquí se nos presenta como el principal medio humano para obtener el Espíritu de Dios, para lograr que nuestro espíritu se haga uno con Aquel. Ya desde los primeros tiempos los cristianos se distinguían y eran conocidos por hombres de oracion; sin ella un hombre no es cristiano de veras. Cuando del mundo desaparece el espíritu de oracion huye de la tierra el Espíritu de Dios; y únicamente vuelve para consolar á los pobres y remediar á los necesitados, para iluminar á los ciegos y purificar á los corrompidos, á instancia de oraciones, á fuerza de vehementes y repetidas súplicas. Mira como así procede la santa Madre Iglesia; despues de denunciar la mal-

dad de una secta poderosa que pretende expulsar á Dios del seno de la sociedad humana, al querer ordenar un remedio para que vuelva al mundo el Espíritu de Dios que la secta masónica pretende extinguir, ordena dar nuevos impulsos, extender, propagar y multiplicar la devocion del santo Rosario, símbolo del espíritu de oracion y medio el más eficaz para introducirlo en los corazones de aquellos que con constancia lo rezan. A la perseverante oracion de los apóstoles en el Cenáculo, á sus vivos deseos, á sus suspiros anhelantes, correspondió la venida del Espíritu Santo. Éste sigue siempre, por regla general, segun nos enseña Jesucristo y la experiencia nos demuestra, el mismo modo de comunicarse á las almas; purifica, pues, tu corazon y llámale con instancia, y el Espíritu divino morará en tu corazon.

III.

Contempla ahora la inmensa generosidad de Dios. Mucho era que nos hubiese dado su Hijo Unigénito y consubstancial, resplandor de su gloria; pero no se contentó aún,

sino que además añadió el Dón por excelencia, su Espíritu Santo. En lo cual parece, dice el venerable P. Granada (1), que se hubo el Eterno Padre con el mundo, como la madre que cria un hijo chiquito, al cual despues que ha dado uno de los pechos le da tambien el otro, para que no le falte el mantenimiento con que se sustente. Mucho era, Padre celestial, que al mundo le hubiéseis dado el Verbo que es vuestra substancial imágen, y con cuya venida vuestra imágen, que de la humanidad habia desaparecido por el pecado, quedase cumplidamente restaurada; quisisteis en el hombre tan ingrato, y no obstante por Vos tan querido, no sólo poder contemplar vuestra figura, sino además sentir en él vuestro Espíritu.

¿Qué retribuirás tú á Dios por tan inefables dones y beneficios? ¿Cómo corresponderás á su liberalidad tan magnífica, y por parte nuestra tan inmerecida? Acude, alma cristiana, á la Inmaculada Virgen María, hazla mensajera delante del altísimo trono de Dios, y Ella tan familiarmente enlazada con las tres divinas Personas, Ella tan metida

(1) Memorial del cristiano, cap. LVII.

dentro de la Divinidad, le presentará tus acciones de gracias, y Ella, que encontró gracia delante del Altísimo, segun le dijo el arcángel san Gabriel al participarle su eleccion para Madre de Dios, hará gratas á la soberana Majestad tus oraciones flacas y desmedradas. No interrumpas ni un día el angélico himno del Rosario, presenta cada día esta corona de espirituales rosas á la Señora, y Ella las ofrecerá gustosa al celestial Jardinero de las almas.

